

Cómo se construye el objeto “la histeria” para un psiquiatra y para un psicoanalista*

Conferencia

Apuntes para una discusión

Autor

Marcelo Viñar

Médico Psiquiatra.
Psicoanalista.

Correspondencia:

Joaquín Núñez 2946.
Montevideo - Uruguay
maren@chasque.apc.org
Telefax: (5982) 711-7426

Quiero agradecer la invitación de la Sociedad de Psiquiatría. Esta es la segunda vez –la primera fue en 1997, en un aporte al Cine Debate con “Trainspotting y la (Fármaco) dependencia”. Además, la posibilidad de un diálogo y controversia con mi viejo amigo, Humberto Casarotti (ambos somos del mismo pueblo, de la misma promoción e hicimos el internado juntos). Pero estas son historias del siglo pasado...

Más allá de este hecho, de implicancia afectiva y personal, creo que es saludable desalambrar. Guardando la especificidad de la tribu, profundizando lo propio, pero abriendo las fronteras, los potreros cerrados. Así lo argumenta Lévi-Strauss en muchos textos de su obra; los encuentros exogámicos suelen enriquecer y ventilar los conflictos y las rivalidades endogámicas. Las historias de Yugoslavia y de Palestina e Israel lo ilustran de modo cruel y sangriento, como antes el descubrimiento y evangelización de América (aunque hubo también la contraparte de enriquecimiento por la diversificación).

Y por último, un tercer argumento para celebrar este encuentro sería que entre Psiquiatría y Psicoanálisis tenemos inevitablemente la comunidad del objeto, el mismo universo humano, es decir, nos ocupamos de la misma gente, a veces de los mismos temas. Somos esos hermanos –como le interpeló la Esfinge a Edipo– que siempre se tocan y nunca se juntan. El otro enigma de Edipo (y la Esfinge), el de las edades del hombre, suele opacar y olvidar a este, el de los hermanos (que son el día y la noche). Así concibo al psicoanálisis y a la psiquiatría, hermanos en la vecindad y en la diferencia oposicional, como la noche y el día. Entendamos que esto no es una diferencia guerrera, sino de complementación. Yo fui, como muchos, en este país y en el mundo, soldado del ejército de la psiquiatría dinámica, donde dar buenos remedios y tener

una recepción cálida y humana eran parte de una medicina integral, donde experiencia psiquiátrica y analítica se unen en armoniosa complementariedad. Por supuesto que no reniego de este principio, que es necesario, pero no suficiente, para esclarecer la complejidad de la interfase, la frontera entre Psicoanálisis y Psiquiatría.

Frontera a construir no sólo con complementariedades, sino con diferencias y especificidades, con oposiciones y contradicciones. Y hacerlo con dignidad académica. No conviene ni un ecumenismo desdiferenciante (somos todos buenos e iguales), ni la guerra política (lo nuestro es lo bueno y lo otro es una porquería) o de hinchas de fútbol; mi cuadro es el mejor (por supuesto, por eso lo elegimos), pero los otros también juegan y a veces nos ganan.

Aquí el adversario es el mismo, es la locura, la miseria y el padecimiento psíquico que, lamentablemente, muchas veces nos derrotan a ambos, a los psiquiatras y a los psicoanalistas. Pero es bueno marcar y preservar con rigor y lucidez los límites de nuestros campos disciplinarios.

Entonces el tema es hablar de histeria... desde el Psicoanálisis, junto a colegas psiquiatras. ¿Cómo hacerlo? No tuve ni el tiempo, ni ganas, ni paciencia para un recorrido metódico de la cronología bibliográfica, que es rica y extensa¹.

La histeria es el buque insignia del Psicoanálisis, es como decir Ronaldo o Ronaldinho en el fútbol brasileño. Un tema ineludible. ¿Cómo situarlo?

En mi lectura de uruguayo con 14 años de exilio en Francia, hay dos fechas claves a retener en la historia de la Psiquiatría Moderna:

* Esta presentación se realizó en la sesión científica de la SPU, el 30 de junio de 2006.

1) La del 11 de setiembre de 1793 (fines del siglo XVIII) –otro 11 de setiembre– en que Pinel desencadenó a los alienados y estos superaron su estatuto de poseídos del demonio, para integrar el universo semiótico más humano de enfermos, lo que abrió el enfoque de la ilustración y todo el brillo de la psiquiatría alienista del siglo XIX.

2) La otra fecha, a fines del siglo XIX o en los albores del XX, que es el descubrimiento o invención (esto es a discutir), en todo caso, el nacimiento del Psicoanálisis, logrado a través del estudio de la histeria.

Digamos –esquemáticamente– que con la histeria lo que nos une es el objeto y lo que nos separa es el método con que organizamos su abordaje.

Claro que no hablo de personas sino de discursos, no hablo de lo que hacemos Humberto o yo, sino de los ejes vertebran y que organizan lo que podemos designar como discurso –discurso psiquiátrico y/o psicoanalítico–. Cada quehacer –con su método– construye su objeto. Es una utopía o una falacia pretender que hay una observación absolutamente neutra o neutral. Claro que también existe el riesgo opuesto, de que la mirada rigurosa, meticulosa, sagaz, del semiólogo, se confunda con la mirada prejuiciosa o delirante de cualquiera, la mirada del vale todo. Dejemos de lado estos extremos de mala fe, para afirmar simplemente, algo que hoy puede ser un tema de debate –de ética profesional–, esto es, que en Psiquiatría y Psicoanálisis la mirada construye lo mirado. Esto va como provocación para la discusión a ustedes y a mí mismo, provocación respetuosa, breve, compacta.

El enfoque psiquiátrico

Desde sus raíces hipocráticas, la clínica médica (y luego la psiquiátrica), mediante la observación metódica, organiza sus hallazgos en regularidades observables cuya acumulación define los síndromes y las entidades nosográficas. Me resultan imborrables, inolvidables, mis comienzos de Practicante

Interno, el interrogatorio, la anamnesis de finos semiólogos como Daniel Murguía, Tomás Bedó, Juan Carlos Plá, Juan Carlos Rey, los profesores Ramírez y Agorio. Yo tuve la fortuna de iniciar el camino con Plá, como Asistente (hoy se dice grado 2) y Jorge Galeano como Adjunto (hoy se dice grado 3), en mi internado en Vilardebó.

Disculpen la digresión. Entonces, la Psiquiatría se construye y organiza con sus raíces en la clínica médica, cuya brújula es discernir lo normal de lo patológico, lo enfermo de lo sano. Sin el recurso a la autopsia, como revelador del daño orgánico que avale el trastorno, la clínica de la histeria fascinaba y desconcertaba a nuestros tatarabuelos con sus máscaras múltiples, su aptitud a la hipnosis y a la sugestión que fueron inmortalizados en las clases de Juan Martín Charcot en la Salpêtrière. Fuente donde abrevó Freud, entre tantos otros, al comienzo de su largo itinerario.

El nacimiento del Psicoanálisis

De un modo breve, telegráfico y tal vez caricatural, les cuento mi versión de lo que ha pasado a la historia como el acta de fundación de la disciplina psicoanalítica, desgajándose, desprendiéndose de la clínica psiquiátrica entonces vigente.

Es el caso de Anna O que dio lugar a la comunicación del Studen Uber Histerie de Josef Breuer y Sigmund Freud, creo que en 1895².

¿En qué consiste esta acta de fundación?

La versión que voy a dar de este momento fundacional está muy teñida por la lectura de Octave Mannoni³, de Daniel Gil, de Roudinesco y de varios autores y amigos que me ayudaron a organizar este breviarario que trato de transmitirles esta noche.

Ya no recuerdo cuáles eran los síntomas que aquejaban a Berta que era atendida por el Dr. Breuer. De lo que sí me acuerdo, es del énfasis del instante inaugural, subrayado por O. Mannoni, sobre el Descubrimiento del Inconsciente. Cuando el Dr. Breuer buscaba hipnotizarla, ella le dijo prestamente: “Déjeme

hablar”, y, como aquí todos sabemos, cuando las mujeres mandan hay que obedecer.

Esta anécdota, que parece casi pueril, ha funcionado en la historia del Psicoanálisis como la manzana de Newton en el descubrimiento de la ley de la gravedad, que dicen (yo lo repito como un loro) que ha sido una piedra angular en el desarrollo de la física moderna. Claro, por supuesto, no hay que echarle la culpa a la manzana, sino al talento de la mente de Newton. No es sólo el cállese y déjeme hablar, que pronunció Berta P. inventando el chimney sweeping (la limpieza de chimenea), sino el talento de Freud organizando los hechos, quien, con su empeño y paciencia, fue dando la escucha psicoanalítica. Por eso el equívoco entre descubrimiento e invención.

En su modo de escuchar (el de Freud), fue la histérica, que para la grey médica era poco menos que un payaso de opereta, promoviendo hasta hoy –y no me considero exento– un cierto desdén, un cierto menosprecio por esa manera de sufrir, a la vez tan espectacular y tan inconsistente, tan cerca del ridículo y del absurdo, como de la veracidad y la gravedad. Simulación histérica, indignación del mundo (salvo que se llegue a presidente de los EE. UU., donde se valida la histerización mediática, racional, calculada, eficaz).

En verdad el protón pseudos es un órgano fantástico, pero muy concreto y vigente en la condición humana, en múltiples manifestaciones, no sólo en el consultorio. Ese punto bisagra entre la verdad y el simulacro, entre el saber y la impostura, entre el ser y el parecer, el teatro y la tragedia, va mucho más allá de nuestros consultorios.

Lo que a mí se me hace relevante de este momento inaugural, del descubrimiento psicoanalítico –momento histórico o momento mítico, no me importa–, lo que le da su carácter fundacional, es el hecho de bascular el lugar del centro gravitacional de saber. Lo central deja de ser el saber, o el poder de una autoridad –académica o profesional–, sino el saber que el paciente o la paciente asumen sobre sí mismos: su disposición autocuestionadora, autocrítica, autoteorizante. Esta es la piedra angular de mi desarrollo.

Y no uso la palabra saber en el sentido informacional o escolar del término, como uno se sabe las reglas de gramática o las tablas de multiplicar, sino en un sentido del que el idioma español no tiene una palabra de uso corriente en la lengua ordinaria, (en inglés se dice *insight*, en alemán *insichgehen*), es decir, una mirada interior, una aprehensión del sí mismo, que, leyendo a Jean Pierre Vernant, indica que en occidente esto se inaugura con las Confesiones de San Agustín –como un movimiento hacia un espacio interior, hacia un fuero interior, que en verdad se funda, se construye, se configura, en el mismo acto en que se explora.

Movimiento introspectivo por excelencia, instituyente entonces, de eso que desde Descartes se llama espesor o fuero interior. No es una experiencia continua. Se produce por intermitencias, son momentos efímeros, a veces exaltados, otros angustiados. Para captar ese momento de la relación del sujeto consigo mismo, es más fácil apelar con ustedes a la experiencia vivencial, a la experiencia propia, al *erlebnis*, que intentar una semiosis rigurosa, científica o poética.

Dice Vernant que San Agustín habla de los palacios de la memoria. Claro que los palacios tienen sus lujosas salas de recepción, pero también sus cocinas y sus retretes, sus sótanos con sus laberintos más o menos recónditos y sórdidos. Bueno, si ustedes nunca anduvieron por allí, en esta experiencia de búsqueda interior, no saben lo que pierden. Esto es puro marketing, les estoy vendiendo el boleto y yo soy el guarda del tranvía, conductor y cobrador del tranvía del psicoanálisis.

Entre sin querer y queriendo estoy promoviendo esta errancia, este juego seductor (o tal vez pueril), aunque a mi edad tengo menos vergüenza para jugarlo, y lo hago con la intención de contrastarlo con la posición severa, racional, adusta que es propia de la semiología médica tradicional. Y ya que de histeria se trata y he querido teatralizar este contraste. Todo el progreso del saber del psicoanálisis sobre la neurosis, consiste en la dura artesanía que debe aprender el psicoanalista para ser partero del saber y no su garante. No somos ni médicos ni pastores, le explicaba Freud a su seudo alumno el pastor Pfister.

Porque lo que les narro, me parece parte del genio freudiano, nacido de su relación con las histéricas, el hecho de que de las minucias, de las migajas, de los desechos de la vida psíquica, se llegue al cogollo del alma humana. A lo más nuclear, problemático y creativo de la existencia y experiencia psíquica. Siempre provoca estupor, o reticencia, o desconfianza, o desdén cuando los psicoanalistas decimos, sin empacho, que por la vía de un lapsus, de un acto sintomático y absurdo, de una superscripción, de un relato onírico, podemos llegar a itinerarios inéditos, a tierras incógnitas y a núcleos esenciales de nuestra vida interior.

Como ven, en la semiología psicoanalítica la dicotomía salud y enfermedad, mórbido y saludable, que son claves en la comprensión racional de un discurso psiquiátrico, no tienen cabida. En la divagación y la errancia que pide la regla de oro del psicoanálisis: Asociación libre: Diga todo sin trabas, ni morales ni estéticas... cosa de locos, propuesta absurda, pero que algunos pensamos muy fecunda, para recorrer itinerarios inéditos e inesperados del sí mismo.

No quiero decir que un psiquiatra no use recursos del psicoanálisis y viceversa, mientras se sea consciente y responsable de lo que se está haciendo, de que sepamos en qué terreno estamos transitando y lo hagamos con la probidad y la ética que desde Hipócrates se nos exige. Lo que quiero decir es que ambas posturas transitan territorios diferentes, son agua y aceite, se ocupan de cosas distintas, heterogéneas. El psicoanálisis y la psiquiatría tratan el trastorno desde perspectivas diferentes. Para el psiquiatra el síntoma es algo a abolir, a suprimir. El ideal es la salud y la normalidad.

Desde Freud, el Psicoanálisis concibe al síntoma desde otra óptica; su meta no es sólo suprimirlo, aunque a veces lo consiga por añadidura, dice Freud. Su meta es usarlo como instrumento, como brújula que nos hace viajar por zonas recónditas del existir humano.

Por allí, con estas claves y códigos observacionales se llega a la hipótesis del incons-

ciente dinámico, de la importancia de los primeros años de vida en la formación de la personalidad, de la importancia "etiológica" de la así llamada "sexualidad infantil". Pero profundizar en todo esto toma una extensión de la que hoy no disponemos.

Podemos defender uno u otro punto de vista, como hinchas, pero decir que uno es mejor que otro es problema corporativo, de mercado. Como decir que Devoto es mejor que Manzanares o viceversa. Mejor es pensar que zapatero a tus zapatos, o el antón pirulero que cada cual atienda a su juego seriamente, y discutir con dignidad académica la pertinencia de cada indicación.

Se me acaba el tiempo y estoy en el comienzo, en las premisas, pero esa fue mi intención, ver las coincidencias y las discrepancias en el punto de partida. Luego, en el camino, como el Don Quijote y el Sancho que cada uno somos, ya cada uno tendrá sus propias aventuras.

Referencias bibliográficas

1. **Viñar M.** Psicoanalizar hoy. Cap. III. Repetición, Rememoración, Reelaboración y Transferencia. Montevideo: Trilce; 2002; pp. 60-72.
2. **Freud S.** Estudios sobre la histeria. Tomo II (1893-1899). Buenos Aires: Amorrortu; 1980.
3. **Mannoni O.** Clefs pour l'Imaginaire ou l'Autre Scène. Paris: Seuil; 1969.